Robespierre (Museo Carnavalet, París)

Maximilien Robespierre y el 9 Thermidor

MAXIMILIEN ROBESPIERRE Y EL 9 THERMIDOR

La Revolution est un bloc, dont on ne peut rien distraire.
CLEMENCEAU (1)

La France peut tout, excepte être médiocre.
RENAN (2)

Cuando se habla de la Revolución Francesa, cuyo 182 aniversario se conmemoró hace poco, y se pretende designar a sus principales representantes, tres nombres acuden a nuestros labios: Danton, Marat y Robespierre. Tal selección, además de ser una injusticia, constituye un imperdonable error de omisión. Mirabeau, Saint Just, Madame Roland, Desmoulins, Vergniaud, Brissot, Carnot, para solo mencionar unos cuantos, fueron figuras destacadas, ya sea de la Asamblea Constituyente, de la Asamblea Legislativa, de la Convención nacional, de la Comuna de París, del Club de los Jacobinos o del de los "Cordeliers". Es difícil encontrar un movimiento tan importante en la historia donde hayan surgido tantos líderes, tantos personajes de primer rango, tantos "padres" del mismo. Como es de esperar, los historiadores no se sitúan en extremos tan peligrosos, sin embargo, aún en las filas de los profesionales de la Historia el marcado énfasis en estudiar y analizar las actuaciones, el carácter y el pensamiento de los tres primeros tiende, necesariamente, a soslayar las contribuciones de los otros. Como consecuencia de ello, las virtudes, logros y aciertos de Danton, Marat y Robespierre, así como sus debilidades, imperfecciones y fallas de juicio, se miran a través de un prisma prejuiciado por la pasión, la ausencia de objetividad y la ceguera. Como en toda regla, hay excepciones y aunque, desgraciadamente, el número de éstas está microscópicamente reducido , no obstante son de excelente calidad.

Pero las injusticias, tergiversaciones y conclusiones sin la debida base documental, no cesan en las comparaciones entre las llamadas tres figuras máximas de la Revolución, por un lado y los actores considerados como secundarios, por el otro. El proceso de valorización empleado para juzgar los respectivos méritos y fallas de Danton, Marat y Robespierre también adolece de imperdonables improvisaciones, vuelos de la fantasía y deficientísimos métodos históricos. Por mucho tiempo el lienzo trazado por los historiadores y sobre el cual se proyectan estas tres figuras solo tuvo dos colores: blanco y negro. No exístian matices que pudieran suavizar los contornos de las figuras dibujadas por muchos historiadores que seguían pautas tradicionales. Y lo más extraño del caso es que a pesar de la aparición de magníficas monografías animadas por un espíritu de imparcialidad histórica, y de nuevo enfoques en trabajos de mayor envergadura (3), los viejos gastados y prejuiciados conceptos todavía se mantienen fuera de los círculos estrictamente profesionales.

De acuerdo con esa "leyenda" Danton aparece como "el salvador de Francia". Quién no recuerda su ejemplo inspirador cuando el 2 de septiembre de 1792 llegaron noticias a París en el sentido de que los odiados invasores austriacos y prusianos se habían tomado Verdún. En un mar de incertidumbre, indecisiones y pesimismo, George Jaques Danton, como Ministro de Justicia, alzó su mágica voz para decirle a los revolucionarios que lo que se necesitaba para salvar a Francia era: "l'audace, encore de l'audace, toujours de l'audace" (4). Para sus admiradores Danton fue siempre un ardiente demócrata, un patriota sin desviaciones y un gran estadista (5) y él había salvado a Francia en un momento crítico, ya que poco después de pronunciar sus inspiradoras palabras los ejércitos enemigos eran detenidos en Valmy, el 20 de septiembre de 1792 (6). La primera victoria de los ejércitos revolucionarios llenó de júbilo a los amantes de la libertad en Francia y Europa. El joven Goethe, quien presenció la batalla exclamó: "En este lugar y desde este día se inicia una nueva era en la historia del mundo" (7). Y Wordsworth, el poeta romántico inglés, consideró que "era una bienaventuranza estar vivo ese día" (8). Para sus admiradores, el genio de Danton hizo posible Valmy. Y los prusianos y austriacos pronto se retiraban del suelo francés.

La figura de este revolucionario adquiere mayores dimensiones por la forma injusta como fue enviado al cadalso en 1794. Acusados de contrarrevolucionarios, Danton, junto con Camilo Desmoulins, su lugar teniente, el líder de las turbas que asaltaron La Bastilla en julio de 1789, Fabre d'Englantine creador del calendario revolucionario; y otros seguidores, fueron llevados al Tribunal Revolucionario, que Danton había creado unos meses atrás. El antiguo ídolo de los "sans culottes" demostró su valentía en los días que precedieron al proceso y durante el mismo, poco antes de su arresto algunos amigos, conociendo que algo se tramaba, le aconsejaron que abandonara el país, a lo cual replicó el gran tribuno: "Uno no se lleva a su país en las suelas de los zapatos" (9). Cuando el presidente del Tribunal le preguntó su nombre y dirección contestó: "Mi residencia pronto será en el más allá, pero mi nombre lo encontrará, en el Panteón de la Historia". Camilo Desmoulis respondió cuando le preguntaron la edad: "33 años, la misma edad que tenía el "sans culottes" Jesucristo cuando lo crucificaron" (10). El proceso fue una farsa "y se puede considerar como un asesinato judicial" (11).

Los prisioneros fueron llevados a la Plaza de la Revolución para ser guillotinados el 16 de Germinal (5 de abril) y cuando la carreta que los llevaba pasó por las casa del carpintero Duplay, donde vivía Robespierre, Danton gritó con todas sus fuerzas: "¡Vil Robespierre! Pronto me seguirás" (12). Pero este incidente, como tantos otros en la Revolución, ha sido puesto en tela de duda por una autoridad muy respetada. Lo más probable es que Danton nunca lanzara su: "Tu me suis" (13). Danton, a diferencia de Camilo Desmoulins, murió con valentía, como un héroe desafiante que no se iba a arredrar ante la muerte. No es de extrañar que tenga tantos admiradores en la actualidad. Su brillante oratoria, sus maneras afables, sus debilidades humanas, lo hicieron también popular entre sus contemporáneos.

Jean Paul Marat no tenía ni la personalidad ni la humanidad de Danton. Marat nació en Suiza, obtuvo su grado de medicina en la Universidad de San Andrés en Escocia y luego vivió, enseñó, ejerció la medicina y tomó parte en actividades políticas en Inglaterra. Inclusive hay documentos que demuestran que en febrero de 1776 sustrajo unas valiosas piezas del Museo Ashmolean de la Universidad de Oxford lo que le valió una condena de cinco años, pero logró escapar a Francia después de un corto período (14). Sus ideas revolucionarias llegaban a

los extremos, su periódico "L'Ami du Peuple" rivalizaba con el Jaques Hébert, "Pere Duchesne", en diatribas y libelos. Marat sufría de una incurable enfermedad de la piel y sus colegas rehusaban acercársele. Sin embargo entre el pueblo, entre los "sans culottes", Marat era siempre "el amigo del pueblo" Sobre este revolucionario "intratable e inhumano" al decir de un historiador francés (15), también se ha colocado una aureola romántica. No cabe duda que su muerte a manos de la girondina Carlota Corday, cuando se encontraba en una tina especial donde solía pasarse horas tomando baños de una solución que le aliviaba de los dolores producidos por la infección cutánea, ha contribuido grandemente a suavizar los contornos ásperos de la figura histórica de Marat. El estupendo cuadro que representa la muerte del mártir es el mejor que pintó David. Una verdadera obra maestra (16) que ha sido llamada "la Pieta de la Revolución" (17).

Pero el más importante (18) miembro de esta trilogía no ha sido tan afortunado. A Robespierre, por lo general, se le pinta como el "Monstruo de la Revolución", el iniciador del "Reinado del Terror", un verdadero "buveur de sang". Thomas Carlyle, en su conmovedora y mundialmente famosa obra es implacable: "Muy pocas veces se ha dado el caso de que un individuo tan insoportable haya abierto la boca en una Tribuna". Pero allí no se detiene Carlyle, Robespierre es, según el: "mordaz, implacable, impotente, estéril" entre otras cosas (19). Lord Acton, otro historiador británico como Carlyle, nos dice de Robespierre: "es el más odioso personaje que ha ocupado el escenario principal de la Historia desde que Maquiavelo redujo a un código la perversidad de los hombres públicos" (20). Muchos de sus compatriotas contemporáneos y de épocas posteriores, no han sido mayormente generosos; Adolphe Thiers era de opinión que Robespierre: "tenía vanidad, pero no la suficiente grandeza para ser ambicioso"; y en otro juicio suyo considera que "es uno de los seres más odiosos que han podido tener poder absoluto sobre seres humanos", y decía que también sería "uno de los más viles, de no haber poseído poderosas convicciones y una reconocida incorruptibilidad" (21).

Los gobiernos de Francia se han negado reiteradamente a conferirle los honores públicos que muchos consideran se merece. Mientras que plazas, avenidas, calles y paseos de París y las principales ciudades hasta las más insignificantes aldeas han sido dedicados a Carnot, Danton, Brissott y

otros héroes revolucionarios cuyas estatuas las adornan, por ningún lado se encuentra la efigie de Robespierre (22). En 1958 nos encontrábamos en París cuando algunos círculos mencionaron la posibilidad de que la Asamblea Nacional de uno de los países más liberales del mundo conmemorase el bicentenario del nacimiento de Robespierre, pero los diputados rehusaron hacerlo (23). Pareciera como si los grupos oficiales de su país hubieran adoptado la firme resolución de negarle todos los méritos al "Incorruptible", o de afirmar que no los tiene. En 1889, el primer centenario de la Revolución, una estatua de Danton fue colocada en el corazón de París, pero nadie propuso algo similar para Robespierre.

¿Cúales son las acusaciones, además de los juicios adversos que ya hemos citado, que contra su persona, su carácter y su actuación todavía persisten y que empañan negativamente su reputación? ¿Por qué los restos de Mirabeau y Marat fueron llevados al Panteón mientras que los de Robespierre los tiraron en una fosa común? Según la imagen presentada en los innumerables panfletos publicados por los conspiradores de Thermidor y por los reaccionarios que los han seguido, Robespierre no era más que un despreciable tirano, sin una onza de humanidad, un devoto de la guillotina como solución a los problemas de Francia y afanosamente empeñado en perpetuar su dictadura personal. Tirano, cruel e inhumano. ¿En realidad, era Robespierre todo eso? La mayoría de las personas que no han estudiado a fondo la Revolución Francesa se adhieren a tal opinión, lo que demuestra que la labor encaminada a ennegrecer la memoria de Robespierre llevada a cabo por moderados y reaccionarios ha dado resultados positivos. En los círculos profesionales la situación no es la misma gracias a que historiadores, como Mathiez, se han dedicado a rescatar a Robespierre de la cámara de los horrores en que lo tenían situado sus enemigos (24).

Maximilien Marie Isidore de Robespierre nació en Arras el 6 de Mayo de 1758. Se inclinó por la carrera del Derecho, obtuvo una beca para el colegio Louis-le Grand de París, donde conoció a Camilo Desmoulins, y se graduó con honores. Al regresar a su ciudad natal adquirió una buena reputación como profesional del Derecho por su inteligencia, capacidad y dotes de integridad personal. Ganó la mayoría de sus casos y siempre se mostró anuente a defender a las víctimas de las injusticias legales, que tanto abundaban en esa época. Durante esos años trabó amistad con

Lázaro Carnot y Joseph Fouche, dos personajes que estaban destinados a desempeñar un papel de fundamental importancia en el drama de su vida. La política y la literatura le atraían e hizo y publicó algunos estudios sobre estas materias. Su prestigio profesional le ganó la admiración del obispo quien lo nombró juez de su diócesis. Como magistrado sobresalió, como era de esperarse, por su integridad e imparcialidad. Su marcada sensibilidad social lo hizo tratar siempre con generosidad al desvalido. Renunció a dicha posición porque su conciencia le impedía enviar a la horca a un criminal cuyos delitos le merecían tal sanción. Esto le ha ganado un comentario irónico y mordaz de Carlyle (25).

No era, pues, un desconocido en Arras cuando fue elegido, junto con otros siete candidatos, para representar el Tercer Estado de Arras en los Estados Generales que iniciaron sus reuniones en Versalles en el mes de mayo de 1789. Desde la fase inicial de su carrera profesional Robespierre había defendido con ahínco las aspiraciones del Tercer Estado que él, al igual que la gran mayoría de burgueses, consideraban marginadas dentro del sistema de privilegios que imperaba en la nación. Con excepción de una brevísima visita a Arras en 1791, habría de permanecer en la capital hasta su muerte el 9 de Thermidor de 1794. Sería muy conveniente que todos aquellos que consideran a Robespierre escencialmente como un "buveur de sang", la máxima expresión del Terror y un hombre sin entrañas, analizaran detenidamente sus actuaciones en la Asamblea Constituyente, el Club de los Jacobinos, la Convención Nacional y el Comité de Salud Pública antes de emitir sus apresurados e indocumentados juicios. Ello es necesario por la sencilla razón de que la "leyenda negra" contra Robespierre fue iniciada por los thermidorianos, enemigos del Incorruptible, a quienes por diversas y bastardas razones les convenía empequeñecer la figura de un hombre que ante la de ellos semejaba un gigante.

Quien haga tan necesario y minucioso estudio antes de llegar a determinadas conclusiones se sorprenderá al comprobar que sobresalió primeramente como liberal y demócrata en la Asamblea Constituyente (26). La posición intransigente, egoísta y suicida de las clases privilegiadas convenció a este devoto discípulo de Rousseau de que bien poco se podía esperar de personas que solo deseaban proteger sus injustos intereses y privilegios. En mayo de 1789 se unió al Club Bretón, uno de los muchos clubes revolucionarios que surgieron en París y que luego se

TABLES DES
DROITS DE L'HOMME

trasformaría en el Club de los Jacobinos. Su primer discurso pronunciado el 6 de junio se distinguió por sus críticas a la falta de caridad de muchos obispos franceses (27). A pesar de no tomar parte en los disturbios callejeros, promovidos desde el Palais Royal por Camilo Desmoulins, que culminaron con el asalto y toma de la Bastilla, desde las primeras sesiones Robespierre se labró una merecida fama como vocero de las izquierdas (28). En el cuadro pintado por David, comisionado por la Asamblea Constituyente, para glorificar el sagrado momento en que los miembros del Tercer Estado, al no poder reunirse en el salón de Versalles donde celebraban las sesiones, por orden del Rey, decidieron congregarse en la cancha de Tenis y bajo la Presidencia de Bailly hicieron el famoso "juramento de la cancha de Tenis" con el cual juraban solemnemente no disgregarse hasta que le hubieran dado una constitución a Francia; Robespierre ocupa una posición conspicua. Mientras que los diputados extienden su brazo derecho hacia Bailly, que está de pie sobre una mesa tomando el juramento, Robespierre, "el menos demostrativo de los hombres", adopta una pose de gran dramatismo con las dos manos sobre el pecho, como si, de acuerdo con David, tuviese dos corazones que palpitaban por la libertad (29).

El 14 de julio, por razones simbólicas, es la fecha en la cual se conmemora la Revolución, pero la toma de la Bastilla solo significó eso, un acto simbólico. Desde el punto de vista de triunfos concretos, la fecha cumbre fue la noche del 4 de agosto cuando, con el respaldo de los representantes de las clases privilegiadas, los diputados del Tercer Estado hicieron que la Asamblea adoptase el sistema de igualdad de tributos, abolición de los últimos vestigios de servidumbre feudal, igualdad legal, apertura de los puestos públicos a todos los ciudadanos, abolición de prácticas venales en las oficinas del Estado, cese del pago de diezmos, libertad de culto, abolición de privilegios de la Iglesia. A pesar de que el régimen feudal no había desaparecido en su totalidad como lo proclamó la asamblea el 11 de agosto (30), lo aprobado en la noche del 4 de agosto sirvió de base para la publicación del documento más sagrado de la Revolución: la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano del 26 de agosto de 1789, inspirada en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de 1776 (31), obra de Jefferson. La "Declaración" francesa se convirtió en la base fundamental de todo el proceso revolucionario.

No cabe la menor duda de que la estructura del "Ancien Regime" sufrió un colapso el 4 de agosto al declararse como irrelevantes sus cimientos. En los dos años siguientes un nuevo armazón institucional remplaza al viejo, anticuado e ineficiente. Las instituciones modernas que los revolucionarios le dieron a Francia la convirtieron en una sobresaliente excepción en el panorama europeo (32). Estos triunfos de los nuevos rectores del gobierno francés sirvieron para refutar la tesis de pensadores conservadores como Edmund Burke (33) en el sentido que el desarrollo de una nación debe estar mayormente influido por su pasado histórico que por los principios abstractos elaborados por la generación existente. La estrategia y tácticas parlamentarias de los diputados del Tercer Estado para la histórica reunión de la noche del 4 de agosto fueron preparadas la noche anterior por los miembros del Club Bretón en el Café Amaury, su cuartel general (34). Robespierre, como uno de los miembros más conspicuos de dicho club, fue factor importante en la preparación de los planes de campaña parlamentaria. Con razón Mirabeau diría al oírlo: "Ese hombre irá lejos. . . él cree lo que dice" (35). En la memorable sesión, Robespierre fue uno de los pocos diputados que pidió la aprobación del sufragio universal para todos los hombres adultos. Su proposición fue rechazada (36).

Cuando el Club Bretón se convirtió en el poderoso e influyente Club de los Jacobinos (37), uno de sus líderes, desde un principio, fue el diputado de Arras. Las semanas que siguieron a la histórica Declaración fueron un período de descontento popular. El número de desempleados aumentaba en forma alarmante, no había pan en París, los escaparates del Mercado de Les Halles se encontraban vacíos mientras el Rey se divertía con expediciones de caza. Se hablaba de conspiraciones contra el pueblo y Marat exacerbaba los ánimos con sus incendiarios ataques de L'Ami du Peuple" (38). En la sala de Menus Plaisirs en Versalles, donde sesionaba la Asamblea, Robespierre sostenía en brillante debate que la aprobación del monarca no era imprescindible para que la Cons-

Los diputados que permanecieron en sus puestos se dedicaron en los meses siguientes a preparar la Constitución que entraría en vigencia en septiembre de 1791. El delicado trabajo fue preparado entre constantes tumultos, huelgas, protestas y agitaciones por parte del populacho de París. El objetivo fundamental de la labor de los constituyentes era el de incorporar los ideales de la Declaración de los Derechos del Hombre en el nuevo estatuto constitucional. Se llegó a un acuerdo mediante el cual el sistema monárquico sería mantenido pero, por supuesto, la monarquía sería de tipo constitucional y protegida contra tres grandes amenazas: despotismo monárquico, privilegios aristocráticos y libertinaje popular (44). Al Rey se le limitaban sus poderes, pero aún así conservaba importantes privilegios. Mas la nueva Asamblea Legislativa, y no el Rey, sería la verdadera gobernante de Francia. Sólo aquellos ciudadanos hombres de 25 años de edad y que pagasen por concepto de impuestos el equivalente de tres días de labores tendrían derecho al voto. Ellos a su vez votarían por electores que al final de cuentas escogerían a los nuevos diputados. De cada cien, un ciudadano contaba con los requisitos para ser diputado.

Durante estos meses de intenso trabajo, la reputación y prestigio de Robespierre se acrecentaban no solo por su labor en la Asamblea sino como líder del Club de los Jacobinos. A pesar de su gran influencia, no pudo evitar que se aprobase la famosa ley de Le Chapelier que proscribía los sindicatos obreros, estatuto aprobado, para que cesaran las huelgas y disturbios. El diputado de Arras fue factor importante en la batalla para conseguir que se aprobara la Constitución Civil del Clero. En marzo de 1791 pronunció su más importante discurso en la Asamblea Constituyente. En él aboga por el establecimiento del sufragio universal, para todo hombre adulto, vieja aspiración suya. Pero, como en ocasión anterior, su solicitud fue rechazada, pues los otros diputados no estaban tan adelantados como él en asuntos de sufragio (45).

Su próxima intervención importante ocurrió el 30 de mayo de 1791 cuando abogó por la anulación de la pena de muerte, por considerar que ella iba en contra de principios liberales y humanitarios. En la fase inicial de su intervención Robespierre refiere un curioso incidente en la historia de Grecia cuando el pueblo de Argos, al enterarse de que algunos ciudadanos de Atenas habían sido condenados a muerte, corrió a los templos para pedirle a los dioses que indujeran a los atenienses hacia

la misericordia con los condenados. El, Robespierre, no le pide a los dioses sino a sus colegas la misma misericordia. Adopta esta posición porque considera que: la pena de muerte es fundamentalmente injusta; no es la manera más efectiva para juzgar delitos y lejos de prevenir crímenes los aumenta (46). Extraña posición para un "buveur de sang".

La historia de los próximos meses es demasiado conocida para repetirla detalladamente aquí. Un brevísimo resumen es suficiente. La unidad de los grupos revolucionarios que se había hecho manifiesta desde mayo de 1789 empezó a tener grietas y resquebrajos y las crisis se sucedían unas a otras. Los aristócratas miembros del Alto Clero (47) rehusaron aceptar la Constitución Civil del Clero y recibieron el completo respaldo del Papa. Y el pobre monarca en lugar de respaldar al gobierno revolucionario, y con ello salvar su cabeza y la de los miembros de su familia, se dejó convencer para que emprendiese un ridículo intento de escape que tendría funestas consecuencias. El plan, que tenía como objetivo que el soberano abandonase París para debilitar el movimiento revolucionario, era sospechado debido a las indiscreciones. Marat (48), entre otros, había advertido la maniobra. El abandono de las Tullerías se hizo posible, probablemente con la complicidad de Lafayette (49), cuya popularidad se esfumaba por momentos. Descubierto y detenido en Varennes el soberano, que regresó a París el 25 de junio de 1791 bajo una fuerte escolta, había dejado de serlo y era solo un prisionero bajo terribles sospechas y serias acusaciones.

La tentativa del Rey para escaparse de París y unirse a sus leales ejércitos en las fronteras fue interpretada como lo que era, una decisión tomada con miras a iniciar la contrarrevolución utilizando el ejército para doblegar a París. Por eso el pueblo capitalino, que salió a las calles el 25 de Junio, recibió al Monarca con un silencio sepulcral. El acontecimiento se considera como uno de los eventos de mayor importancia de aquella época, tanto para Europa como para la Revolución (50). El período comprendido entre octubre de 1789 y junio de 1791 parece, mirado desde un enfoque retrospectivo, como la calma que precede a la tempestad. Madame Roland descubrió que la Declaración de Derechos todavía era desconocida en su ciudad natal y el embajador británico señalaba que dos tercios de los nuevos alcaldes elegidos provenían de la nobleza. Parecía como si el movimiento se hubiera detenido y la contra-

rrevolución cobrara impulsos. El Club de los Jacobinos, según Madame Roland, estaba en manos de una camarilla reaccionaria (51).

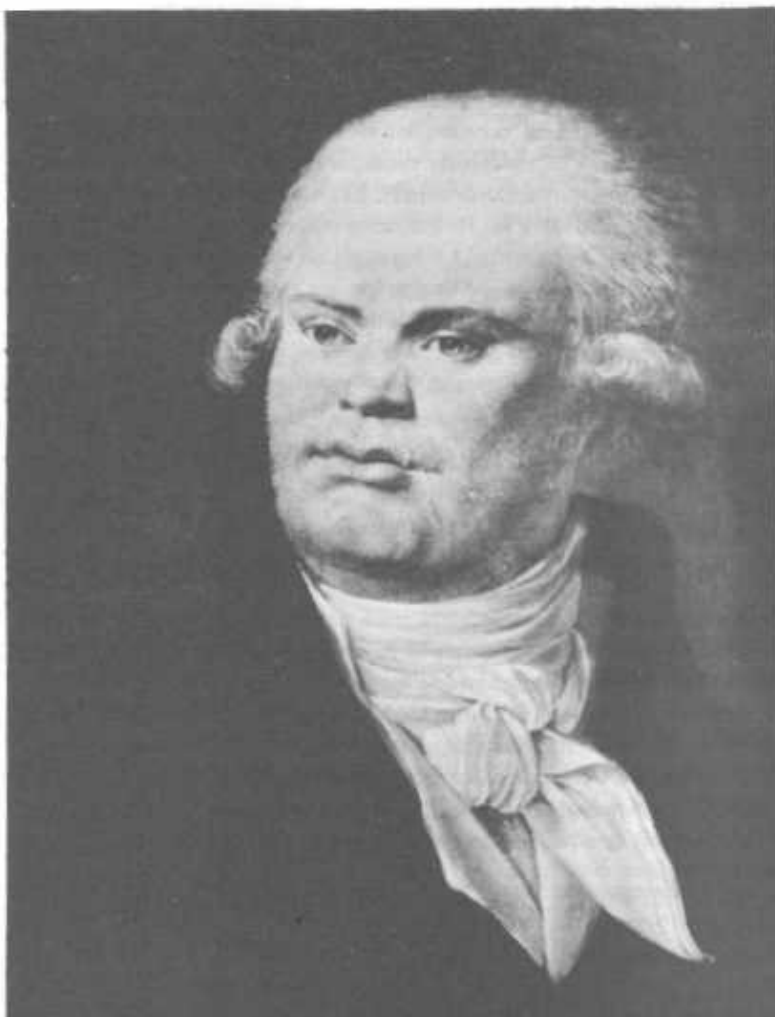
Pero el peligro mayor que se cernía sobre la Revolución era la división de las izquierdas a causa de constantes e irreconciliables querellas. Un grupo de diputados de provincias seguía las directrices del brillante parlamentario Jean Pierre Brissot, fundador del periódico revolucionario "Le Patriote Francais", una publicación radical. Entre sus miembros se encontraban destacados revolucionarios como Vergniaud, Buzot, los Roland y Condorcet (52). El grupo se conocía originalmente con los nombres de "brissotinos" o "rolandistas". Desde septiembre de 1792 se conocerían como girondinos, porque muchos de ellos provenían de los alrededores de Burdeos, la famosa región de la Gironda. La fallida fuga del monarca impulsó a Brissot a adoptar medidas radicales: la deposición del soberano y una cruzada contra las cabezas coronadas de Europa (53). En julio, Brissot redactaba y firmaba una petición para remplazar a Luis XVI por cualquier medio constitucional. El Club de los Jacobinos, bajo la inspiración de Robespierre, respaldó a la Asamblea, que había suspendido al monarca, pero luego que este prometió aceptar la nueva Constitución restituyó sus poderes. Esta decisión de los Jacobinos les ganó una invasión por los exaltados miembros del Club de Cordeliers. El tumulto terminó con una concentración en el campo de Marte que fue dispersada a tiros por la Guardia Nacional, bajo órdenes de Lafayette. Entre los que buscaron refugio de las balas de Lafayette se encontraba Danton, del Club de los Cordeliers. El resultado fue que los moderados y realistas que habían respaldado a los Jacobinos se separaron del Club y fundaron su propia asociación, el Club de los "Feuillants". Como consecuencia de todo ello los Jacobinos emergieron como los líderes de las izquierdas en la Asamblea y en los movimientos populares fuera de ella. Los Clubes Jacobinos y Cordeliers, los "sans culottes" y los demócratas se unieron a una oposición común contra los que formaban la mayoría de la Asamblea, los acusaron de negarse a aprobar el sufragio popular y de derramar sangre revolucionaria en el campo de Marte (54). Cuando se inició el período de la Asamblea Legislativa el 1o. de octubre de 1791, los diferentes grupos estaban más o menos definidos. A petición de Robespierre los diputados de la Asamblea Constituyente eran ineligibles para la Legislativa, por lo tanto muchos eran figuras desconocidas.

Uno de los que presentó su candidatura y tuvo que retirarla por ser demasiado joven se llamaba Louis Antoine de Saint-Just, el "enfant terrible" de la Revolución (55). El joven Saint-Just, que acababa de cumplir 24 años, profesaba "una admiración semirreligiosa" por Robespierre, a quien le había escrito en 1790: "Usted no es un diputado que representa a una provincia sino a la humanidad y a la República" (56).

La Asamblea Legislativa constaba de 745 diputados, todos nuevos, como ya hemos indicado (57), que se fraccionaban en tres ideologías políticas: a la derecha se sentaban 264 representantes, defensores de la monarquía constitucional, que se conocían como "Feuillants" y que eran dirigidos por Lafayette y Barnave; a la izquierda en postura amenazante se concentraban 136 jacobinos de tendencias republicanas conocidos como brisotinos o girondinos; el resto de los diputados, un grupo amorfo y sin voluntad, se sentaba en el centro y se conocía como la "Llanura" o el "Pantano" (58). Es fácil colegir que la desinteresada moción de Robespierre, en el sentido de excluir a los constituyentes de la Asamblea Legislativa, dio como resultado que los jacobinos, es decir las izquierdas, estuviesen representados en la Nueva Asamblea por los seguidores de Brissot. Los otros grupos jacobinos, los que no comulgaban con las ideas de Brissot, y los girondinos, tendrían que actuar fuera de la Asamblea, en los clubes revolucionarios y en la Comuna de París (59).

La escisión entre los partidarios de Brissot y los miembros de la Montaña, dirigidos por Danton, Marat y Robespierre se torna desde entonces cada vez más grave, pero los últimos todavía no habían llegado a dominar el Club de los Jacobinos por lo que Danton, con la ayuda de su amigo Desmoulins y Marat lanzaban sus ataques desde el Club de los "Cordeliers". Con el inicio de la Asamblea Legislativa en octubre, Brissot abre en la Cámara con mayores bríos, la campaña de la cruzada armada contra las cabezas coronadas de Europa. La estrategia de Brissot se basaba en que, según sus cálculos, los pueblos europeos obtendrían su liberación mediante brotes revolucionarios o con la ayuda de las armas francesas y en esas circunstancias Luis XVI se vería forzado a recurrir a Brissot, quien ahora gozaba de gran prestigio, y a sus adictos para formar el gobierno que regiría los destinos de Francia (60). Esta tesis fue defendida no solo en la Asamblea sino también en el Club de los Jacobinos, hecho que en diciembre provocó un choque abierto con

Robespierre que se oponía a un conflicto contra otros gobiernos europeos.



"Retrato de Dantón". Escuela Francesa Siglo XVIII. (Museo Carnavalet, París).

Brissot, en brillante discurso, trató de ganarse el respaldo de los jacobinos, el 9 de diciembre de 1791, analizando detalladamente las razones por las cuales un conflicto armado internacional sería de beneficiosas consecuencias para la Revolución. La respuesta no demoró mucho y el 19 del mismo mes el exdiputado de Arras pronunció otra no menos brillante pieza oratoria en la que atacaba los argumentos de su rival. Lejos de beneficiar la causa revolucionaria, nos dice Robespierre, el plan de Brissot haría realidad los deseos del ministro de la guerra, Narbonne (61), de imponer una dictadura militar lo que reforzaría el poder de la tambaleante Corona (62). El ardor bélico estaba demasiado arraigado y fue Brissot y no Robespierre quien resultó vencedor en esta primera gran batalla oratoria. La mayoría de los Jacobinos, los clubs y secciones de París y la mayor parte de los miembros de la Asamblea Legislativa respaldaron al diputado de Eure y Loir, Brissot (63). El "pacífico" Brissot avivaba los tizones bélicos, mientras que el "buveur de sang" de Robespierre abogaba por el mantenimiento de la paz en las fronteras francesas.

Es imprescindible hacer énfasis, no obstante, que como en ocasiones anteriores y posteriores los motivos de Robespierre están animados por razones esencialmente políticas, el "Incorruptible" no está empeñado en basar sus argumentos en consideraciones de ética y moral, sino de acuerdo con el "fait accompli" existente a fines de 1791 (64). Según su criterio, el conflicto solo serviría para debilitar a la incipiente Revolución y fortalecer a la Corona y la Aristocracia. Algunas voces aisladas entre los grupos de la izquierda se sumaban a la posición anti-belicista. "Les Revolutions de París" un popular periódico revolucionario declaraba: "la Nación está fatigada, si no se cuida de ella volverá a sus antiguos hábitos" y la guerra podría traer esto. Marat fue más explícito al decir: "es imposible que la Revolución se pueda sostener por los mismos medios que facilitaron su nacimiento" (65).

Sin la presencia de Robespierre, no es de extrañar que la Asamblea Legislativa fuese fácilmente dominada por los girondinos. Las certeras tácticas parlamentarias de Brissot eran respaldadas en forma efectiva por la brillante oratoria de Vergniaud y las disquisiciones filosóficas de Condorcet (66), uno de los mejores cerebros de la Revolución. El Emperador austriaco Leopoldo II, hermano de María Antonieta, preocupado por la suerte de esta y por lo que el ejemplo de la Revolución

pudiera producir en su pueblo había proclamado, con el respaldo de Prusia, en la famosa Declaración de Pillnitz de agosto de 1791, que bajo ciertas circunstancias los poderes europeos podrían tomar medidas colectivas contra Francia. Esta provocadora proclama ayudó enormemente a los planes bélicos de los partidarios de Brissot (67). Como los girondinos, los realistas, los "emigrés" (68), y los gobiernos de Austria y Prusia habían adoptado una decidida postura belicista, por considerar que satisfaría sus respectivas aspiraciones, la guerra no se hace esperar y luego de tímidos intentos de negociar con el Emperador y los príncipes germanos, la Asamblea Legislativa declaró la guerra a Austria el 20 de abril de 1792. "El entusiasmo era indescriptible" (69).

El inevitable rompimiento de hostilidades iba a desatar un terrible y largo conflicto (70). A pesar de que entre algunos pueblos europeos existía simpatía por la causa de Francia, la mayoría de los gobiernos conservadores y reaccionarios, incluyendo la Iglesia de Roma (71), respaldaban a Austria y Prusia. La oposición de la Iglesia resultó bastante perjudicial para el gobierno revolucionario. Mediante una bula pontificia de 1791, en Papa declaró que todo cristiano tendría que escoger entre dos alternativas mutuamente exclusivas: Revolución o Iglesia; es decir, de acuerdo con los revolucionarios: Roma o Francia. El rompimiento entre la Iglesia y París facilitó un "manto sagrado" para proteger a todos aquellos que, por diversas causas se oponían a la Revolución (72).

Robespierre, quien era adverso al conflicto por considerar que éste sería nocivo para los intereses del gobierno revolucionario, demostró contar con una asombrosa clarividencia al llegar a París las primeras noticias concernientes a las acciones militares en el frente de batalla. Brissot había cobrado su "precio" por las violentas agitaciones promovidas por sus seguidores y el monarca se vio forzado a nombrar ministros "brissotinos" como Claviere en Finanzas, Roland en el Interior y Dumouriez en la cartera de la Guerra. Pero el triunfo de Brissot resultó efímero. Los soldados franceses en lugar de actuar como "misioneros armados" huían ante las tropas austro-prusianas del terrible duque de Brunswick. Revueltas contrarrevolucionarias estallaron en diversas regiones del sur y el valor de los asignados (73) sufrió una merma del 63°/o de su valor en enero. Unido a todo esto, los disturbios provocados por el alza en los precios de los alimentos enturbiaron la tranqui-

lidad en muchas ciudades y villas (74). Como consecuencia directa de las guerras civiles en las islas francesas del Caribe, el precio del azúcar se triplicó en París, hecho que motivó nuevos levantamientos. Algunos grupos armados obligaron a los tenderos a vender los productos alimenticios a los precios acostumbrados. Las actividades subversivas de los miembros de la alta nobleza y las intrigas de María Antonieta en la Corte de Viena (75) convencieron a muchos patriotas de que el "comité austriaco" (76) planeaba restaurar la monarquía absoluta, con la ayuda de soldados extranjeros (77).

Brissot era de opinión que las intrigas de la Corte, que constituían a todas luces un delito de alta traición, redundarían en beneficio del partido que dirigía, por lo que no vacilaba en inflamar las pasiones populares contra la familia real y la Corte. Tal actitud obligó al monarca a destituir a los ministros "brissontinos" del gabinete, lo que originó demostraciones populares por parte de los trabajadores de los dos barrios revolucionarios: Saint Antoine y Saint Marcel, el 20 de junio. Los manifestantes irrumpieron en las Tullerías, obligaron al soberano a tocarse con la escarapela tricolor y a beber a la salud de la nación; pero en cuanto a la restauración de los ministros destituidos, el Rey se mostró inflexible y rehusó acceder a las peticiones de las turbas. "La insolvencia de la Asamblea y la complicidad de los girondinos permitió que la manifestación se desarrollase sin ningún obstáculo" (78). Sin embargo, el Rey se convenció de que mientras permaneciese en las Tullerías no podría contar con la debida protección.

La irresponsabilidad de Brissot y sus seguidores se hizo evidente, y el 20 de junio fue solo un preludio de la terrible insurrección del 10 de agosto. En esta última fecha, el populacho se tomó las Tullerías y derrocó la monarquía. El partido de Brissot, que al exacerbar los ánimos había hecho esto posible no se benefició con los acontecimientos, pues a pesar que los "brissotinos" fueron restituidos temporalmente en el gabinete, la dirección del movimiento popular pasó a manos de sus rivales de la Montaña. Como muy bien comenta un autor, lo que sucedió fue que, al igual que el aprendiz de brujo de la leyenda, los girondinos no estaban preparados para enfrentarse a la tormenta que habían desatado (79). Después de que demagógicamente azuzaron a las multitudes para que hicieran demostraciones contra la monarquía y luego de amenazar a la misma, ahora decidían abandonar sus posiciones

"Retrato de Marat", **Boze**. (museo Carnavalet, París).

radicales y ofrecían su respaldo al Rey. Los girondinos no querían una República a merced de los votos y armas de los "sans culottes".

Para el mes de agosto, 47 de las secciones en que se dividió París, por parte del gobierno revolucionario, favorecían la abdicación del Rey y respaldaban la actitud de las turbas en las Tullerías. Robespierre argüía que en lugar de las armas el futuro de la monarquía lo debía decidir una Convención Nacional cuyos miembros fuesen elegidos por el voto popular. La influencia de Robespierre entre jacobinos y "sans culottes" era enorme; no obstante el temor a una contrarrevolución, que se acrecentó al conocerse la deserción de Lafayette al campo enemigo, y la intransigente actitud de las secciones y clubs tornaron en vano sus esfuerzos por encontrarle una solución pacífica al dilema. A todo esto se vino a agregar el amenazante Manifiesto del duque de Brunswick (80), conocido en la capital el 1o. de agosto, en donde el aristocrático militar prevenía al pueblo de París de duros castigos si algo le ocurría al soberano o a la familia real. Las secciones de la ciudad y la Guardia Nacional, que ya no estaba bajo la dirección de Lafayette, se combinaron y se pusieron a la disposición de una nueva Comuna revolucionaria y radical. El Rey sería depuesto oficialmente seis semanas después por la Convención Nacional, que confirmaba la decisión del pueblo en torno a la monarquía.

La revuelta del 10 de agosto fue seguida por el espantoso y macabro episodio conocido como las "masacres de septiembre". Las turbas parisienses nuevamente se lanzaron a las calles e irrumpieron en las prisiones de la ciudad y luego de juicios sumarios ante "tribunales populares" ejecutaron a casi 1.400 personas, la mayoría de las cuales eran inocentes de los crímenes de que se les acusaba. Sacerdotes, prisioneros políticos, aristócratas, rateros, vagabundos, prostitutas, falsificadores y otros perecieron en esta desenfrenada orgía de sangre (81). Si el 4 de agosto es la fecha de mayor gloria de la Revolución Francesa, el 2 de Septiembre cuando se iniciaron las masacres que continuaron hasta el 9, es la de mayor infamia. Las "masacres de septiembre" serían desde entonces un arma poderosa en manos de los girondinos empeñados en desprestigiar a la Montaña. ¿Y quiénes fueron los responsables de esta cruenta e inhumana carnicería? (82). Marat, quien con su incendiario periódico pedía el 1o. de septiembre una justicia popular expedita; Hebert quien predicaba violencia en su "Pere Duchesne"; y Danton, que como Ministro de Jus-

ticia no levantó un dedo para proteger a los prisioneros que estaban bajo su custodia. Los dos primeros cometieron un crimen de comisión y el último uno de omisión (83). Desde entonces Madame Roland y todos los adversarios políticos de Danton lo acusaban con el infamante epíteto de "septembriseur" Los girondistas de la Convención lo gritaban cada vez que Danton solicitaba la palabra (84). Las "masacres de septiembre" se pueden explicar en parte por la desesperación que se apoderó de muchos revolucionarios al enterarse que Verdún, plaza desde la cual es fácil iniciar una ofensiva contra París, había caído en manos enemigas.

En septiembre también se llevaron a cabo las elecciones para escoger a los miembros de la Convención Nacional, que iniciaron sus sesiones el 21 del mismo mes, bajo los favorables auspicios de la victoria de Valmy, y que gobernarían a Francia hasta octubre de 1795. Su creación estuvo precedida por lo que se puede considerar como un anticipo del Régimen del Terror. Es bueno notar que ni en las "masacres de septiembre", ni en los levantamientos generales, ni en las vejaciones al monarca y la familia real, se puede señalar con el dedo a Robespierre como cómplice. Si tuvo participación alguna, fue únicamente para solicitar moderación y cordura. Hebert, Brissot, Marat, Danton y otros, en una forma u otra, patrocinaron esos métodos violentos y crueles y su culpabilidad no puede ocultarse por más esfuerzos que hagan sus panegiristas. El decreto que anulaba la monarquía, aprobado el primer día de sesiones, lleva la firma de Pétion como Presidente de la Convención, de Brissot como Secretario y de Danton, como Ministro de Justicia. La abolición la solicitó Collot d'Herbois, otra figura clave en la historia de Robespierre y gran amigo de Hebert.

Las deliberaciones de la Convención Nacional se iniciaron con una nueva alineación de fuerzas entre los miembros de esa Asamblea. Los girondinos, temerosos ahora por sus propios desmanes y medidas radicales, se sentaban en las bancas de las derecha y pretendían aparecer como inocentes miembros de un partido moderado. En las bancas del centro se sentaban los mismos diputados tímidos de la Llanura o el Pantano como también se les llamaba, sin un programa definido y sujetos a los vaivenes de la derecha y la izquierda. Los diputados de la

Montaña, o "montagnards"como los habían bautizado los periodistas, bajo la dirección de Danton Marat y Robespierre, monopolizaban las bancas de la izquierda y se aprestaban a dar batalla a sus adversarios capitaneados por Brissot. La historia de los primeros meses de la Convención es la historia de una guerra sin cuartel a muerte, entre girondinos y "montagnards" para decidir quien empuñaría definitivamente el timón de la Revolución.

Los girondinos contaban a su favor con la mayor cantidad de periódicos de París y un sólido respaldo en las provincias, mas por su incoherente actuación en agosto habían perdido el apoyo de las secciones de la capital. La Montaña, por otro lado, dominada por jacobinos, contaba con la influyente adhesión de los clubs y secciones de París. Mientras los jacobinos se convertían en los campeones populares los girondinos como buenos burgueses interesados en actividades económicas, se apegaban al principio de "laissez - faire" para resolver los problemas financieros surgidos en los últimos meses. Los jacobinos, no obstante estar interesados también en proteger los intereses económicos de la clase media y apoyar el liberalismo económico burgués, actuaban con mayor flexibilidad y eran susceptibles a las presiones populares para cambiar sus tácticas y puntos de vista con miras a adaptarse a las necesidades de la cambiante realidad. Los girondinos, que dominaban el gobierno, rehusaron establecer controles para evitar la inflación, lo que motivó que el pueblo los culpase por las estrecheces que sufría.

Desde hacía varias semanas los girondinos habían tomado la determinación de no asistir más al Club de los Jacobinos. Preferían la residencia de los Roland en el Ministerio del Interior, donde Madame Roland, secundada por Brissot, Buzot, Louvet y otros diputados de ideas afines, lanzaban ataques contra sus adversarios, especialmente contra Danton a quien no le perdonaban su prominencia (85). La burguesía, por razones fáciles de colegir, respaldaba a los girondinos; y la Montaña, por su popularidad con las secciones de París, se apoderó del Club de los Jacobinos, una excelente tribuna para defender los intereses populares.

Los seguidores de Brissot lograron que la Convención aboliera la Comuna Revolucionaria creada en agosto. La suerte del Rey, prisionero ahora en el Temple, constituía otro grave problema. Robespierre, cuya

posición anterior había sido la de mantener la monarquía y abolir la pena de muerte, ahora se mostraba implacable en relación con la suerte del soberano. En su famoso discurso del 3 de diciembre de 1792, declaró que un monarca derrocado sólo servía para dos cosas en una república: un núcleo alrededor del cual se unirían los enemigos de la tranquilidad interna del Estado para acabar con la libertad, o un decidido defensor de esta libertad. El caso de Luis XVI era claro. Había sido derrocado por sus crímenes y por acusar al pueblo francés de rebeldía; solicitó el respaldo armado de tiranos extranjeros contra su propio pueblo, pero éste lo venció y decretó que el rebelde y traidor era el monarca. Según su criterio, Luis XVI ya había sido juzgado y encontrado culpable. Si no era condenado por la Convención, sin necesidad de un proceso judicial, la soberanía de la República no era absoluta. Proponer un nuevo juicio era pedir un retorno al despotismo real y constitucional. Eso sería contrarrevolucionario, pues colocaría a la Revolución en el banquillo de los acusados. "Yo detesto la pena de muerte" continuó Robespierre, ". . .y no siento ni amor ni odio por el Rey, yo sólo odio el crimen". Como muy bien se había dicho, en palabras atribuídas a Saint-Just, "un pueblo no puede ser verdaderamente libre si todavía venera las cadenas que lo aprisionaban". El castigo de la pena de muerte, continuó el diputado de Arras, se aprobó sin su voto ni consentimiento, pero ahora la situación era diferente. "Yo exijo", continuó, "que la Convención declare a Luis XVI, ahora mismo, traidor a la nación francesa y un criminal contra la humanidad. El derecho de castigar a un tirano y el de destronarlo es el mismo, no toman formas diferentes". Es conveniente hacer énfasis nuevamente en que los argumentos de Robespierre son estrictamente políticos. El sacrificio de Luis XVI era necesario para salvar el gobierno revolucionario, pues si el Rey no era culpable, los que lo destronaron sí y habría que pedir su clemencia (86).

Los miembros de la Convención, desoyendo nuevamente al diputado de Arras, aprobaron el proceso en el cual ellos serían jueces y acusadores. El descubrimiento, el 20 de noviembre, de un baúl oculto en las Tullerías donde se encontraron un sinúmero de cartas que demostraban irrevocablemente la culpabilidad del monarca hacía obligatorio un veredicto condenatorio. Los girondinos, que en sus innumerables inconsistencias querían ahora posponer el proceso, se vieron comprometidos

al ser el Ministro Roland quien descubrió la correspondencia comprometedora en las Tullerías. El 11 de diciembre el ex-Rey tuvo que comparecer ante la Convención. Algunos girondinos todavía sostenían que el proceso debía ser ratificado por el pueblo, a lo que Barére se opuso en atinado discurso el 4 de enero de 1793 (87). La votación se inició el 14 del mismo mes y por estrecha margen el Rey fue condenado a muerte. Una nueva votación para decidir si se le perdonaba dio resultado igualmente negativo para el monarca. El 21 lo llevaron a la Plaza de la Revolución (88) para ser ajusticiado por el terrible instrumento perfeccionado por el Dr. Guillotin (89). Luis XVI nunca fue tan Rey como en el cadalso. Los girondinos dividieron su voto, lo que los debilitó, pero los principales líderes de esa agrupación votaron a favor de la ejecución. La evidencia condenatoria suministrada por Roland resultó ser el factor determinante. Uno de los diputados que emitió su voto a favor de la pena de muerte se llamaba Joseph Fouche, protagonista importante del drama de Robespierre en Thermidor.

Por el momento la guerra iniciada por los girondinos proseguía con todo éxito, Bélgica había sido anexada y se preparaba la invasión de Holanda. Sin embargo, en marzo, el avance de Dumouriez, el general girondino, fue detenido y luego rechazado por el enemigo. Dumouriez cuyas credenciales revolucionarias eran de dudosa manufactura, intentó inútilmente convencer a las tropas para que se marchasen a París con miras a derrocar la Convención y restaurar la monarquía y la Constitución de 1791. Al ser rechazados sus proyectos subversivos, desertó al enemigo. Los girondinos, comprometidos por su asociación con Dumouriez, trataron en vano de culpar a Danton por la traición porque éste conferenció con el general en la víspera de su deserción (90). La saña con que los girondinos atacaban a Danton se puede considerar un grave error de estrategia política ya que él era anuente a un entendimiento y había hecho esfuerzos infructuosos por efectuar una reconciliación con los amigos de Brissot (91). Las diligencias girondinas para que se le siguiese un proceso a Marat y Robespierre, bajo la acusación de aspirar al establecimiento de una dictadura, fracasaron y, como es natural, le ganaron la mortal enemistad de los diputados. En noviembre, por influencia girondina, la Convención le había lanzado un reto a los tiranos de Europa. En febrero de 1793, Brissot, como corolario de la resolución anterior, presentó un decreto donde se le declaraba la guerra

"Retrato de Luis XVI", Ducreux. (Museo Carnavalet, París).

a Gran Bretaña y Holanda. En marzo se iniciaban las hostilidades contra España. No cabe duda que los girondinos se buscaban poderosos enemigos.

Para enfrentarse a tantos oponentes, dentro y fuera de Francia, la Convención tomó ciertas medidas de seguridad. En abril de 1793, culminando un proceso, se estableció el Comité de Salud Pública, un día después de la traición de Dumouriez. Este Comité se tornaría bien pronto en el principal soporte del gobierno (92). En octubre del año anterior se había creado el Comité de Seguridad General y en marzo de 1793 se organizó el Tribunal de Excepción, o Tribunal Revolucionario. Surgía así un nuevo andamiaje gubernamental mucho más radical y revolucionario que los anteriores. Es este gobierno el que derrotó y expulsó a los invasores del suelo francés, organizó el Terror, protegió al país de la anarquía y contrarrevolución, e inició la ofensiva militar que extendería los ideales revolucionarios a Holanda e Italia y haría tambalear los cimientos de Europa (93). Y el Comité de Salud Pública fue creado a petición de los girondinos (94).

Mas, a principios de 1793, la crisis económica, los reveses militares y la indecisión de sus miembros en la Convención hacían evidente la incapacidad para gobernar de los girondinos. En febrero se escenificaron nuevos disturbios por causa del alza de precios de los artículos de primera necesidad. En marzo, la Comuna de París decretó un precio oficial para el pan, que era cónsono con las necesidades del pueblo. Unas semanas después, la Convención aprobaba la primera ley de "máximos" para ejercer un eficiente control de precios, Como los girondinos, en su calidad de partidarios de una economía liberal, se oponían a ello, en los clubs y secciones se inició una campaña contra estos "enemigos del pueblo". Se pidió la pena de muerte para acaparadores y especuladores. Danton y Barére, del Comité de Salud Pública, con la ayuda de los diputados del centro, trataron de conciliar a girondinos y la Montaña sin mucho éxito, pues los adversarios rehusaban pactar. En mayo, las secciones implantaron una nueva Comuna Revolucionaria en París, con Hanriot, amigo de Robespierre, como jefe de la Guardia Nacional.

El 2 de junio, las turbas, arrastrando algunos cañones, invadieron las Tullerías y exigieron el arresto de los diputados girondinos. Entre los

manifestantes se encontraban muchos miembros de la Guardia Nacional y Hanriot se dirigió en persona para organizar las operaciones del "coup d'etat" contra los seguidores de Brissot. Couthon, otro partidario de Robespierre, exigió el arresto de los principales dirigentes girondinos de la Convención. El "coup d'etat" logró los objetivos que sus iniciadores se habían propuesto, al apoderarse del gobierno los jacobinos de la Montaña cuando las turbas impidieron el acceso a la cámara a aquellos diputados que hubieran podido defender a los girondinos. A los dirigentes de este partido se les expulsó de la Asamblea y se decretó que su libertad quedaba restringuida a sus respectivos domicilios. Poco después eran enviados a prisión. En julio se reorganizó el Comité de Salud Pública y Danton abandonó su puesto; ahora constaba de doce miembros a los cuales se les eligió en las próximas semanas y permanecerían juntos hasta Thermidor, 1794.

Mucho se ha escrito en relación con la caída de los girondinos para justificarlos y acusar de mala fe a sus rivales. Es bueno recordar, como dice Palmer, que ellos fueron los primeros en adoptar medidas drásticas y luego sufrieron sus consecuencias. Eran el partido belicista, pero se oponían a las regulaciones y controles necesarios para proseguir el conflicto. Hicieron cuanto pudieron por debilitar el gobierno constitucional y luego reclamaban métodos constitucionales. Fueron los primeros en atacar al Rey y acusarlo de tirano y luego trataron de evadir la responsabilidad de su muerte. Utilizaron la violencia de las turbas de París cuando les convenía a sus intereses y después la denunciaron como peligroso radicalismo. Proclamaron el patriotismo de Dumouriez y este se pasó a los austriacos (95). No cabe duda que Robespierre, junto con su hermano Agustín, contribuyó a la desgracia de los girondinos, pero éstos tramaban la destrucción del diputado de Arras.

La injusta reputación de tirano adquirida por Robespierre se basa exclusivamente en sus actuaciones en el Comité de Salud Pública. Muchos autores son de opinión que el "Reinado del Terror" se inició con la expulsión y arresto de los diputados girondinos el 2 de junio y que ésto lo organizó el Comité de Salud Pública (96). Robespierre, como hemos visto, era figura de primer rango en el "coup d'etat" contra el gobierno girondino, pero el 2 de junio tadavía no formaba parte del Comité de Salud Pública. La maquinaria que pondría en ejecución el

Terror se organizó cuando los girondinos dominaban la Convención; esto no debe olvidarse (97).

Para entender mejor las medidas tomadas por el gobierno del Terror, de junio en adelante, es fundamental analizarlas dentro del contexto de la situación imperante en Francia y Europa para esa fecha. En Lyons y otras regiones del sur estalló una verdadera guerra civil contra el gobierno revolucionario; Toulon se preparaba para rendirse a la flota inglesa que dominaba las entradas al puerto; los ejércitos enemigos estaban prestos para invadir nuevamente a Francia; en la región de la Vendée los campesinos iniciaron un levantamiento para respaldar a los sacerdotes refractarios y a los aristócratas terratenientes que se oponían a la Revolución; pronto ocurrieron levantamientos similares en la Bretaña, Normandía, Anjou y Poitou. Estos "chuanes", como se les llamaba a los campesinos guerrilleros, fueron un verdadero dolor de cabeza para los destacamentos militares revolucionarios enviados para combatirlos. En París muchos moderados, entre ellos el tristemente célebre marqués de Sade, dominaban una docena de secciones y entorpecían la marcha del gobierno radical. La situación económica se había deteriorado; el valor de los asignados continuaba su vertiginoso descenso, los precios subían y los acaparadores y especuladores mantenían sus criminales actividades. Los alimentos escaseaban como resultado de estas operaciones. En tales condiciones era inútil continuar resistiendo el desborde de pasiones de los "sans culottes" (98).

El asesinato de Marat por la daga de Carlota Corday se efectuó el 13 de julio y las pasiones se exacerbaron aún más, pues Carlota Corday, que subió al cadalso cuatro días más tarde, era girondina y confesó que el móvil de su crimen estaba animado por el deseo de castigar a quien contribuyó en forma efectiva a la caída de la Gironda. A fines de julio y en agosto, los moderados perdieron el control de sus secciones y en este último mes se demandó en la Convención la implantación de un estricto control de precios con un tope, o "Máximo". El 4 y 5 de septiembre hubo nuevas manifestaciones de "sans culottes" en París. Hébert con su periódico "Pere Duchesne" incitaba al pueblo y reclamaba nuevas cabezas para la "Santa Guillotina". La Comuna Revolucionaria de París, el Ministro de Guerra, Vicent, un seguidor de Hébert y el Club de los Jacobinos, sin la aprobación de Robespierre, organizaron adicionales

Muerte de Marat. En este cuadro, David hace una evocación dramática de la muerte del "amigo del pueblo". Ha sido llamado la "Pietá" de la revolución.

Típica caricatura de la campaña Thermidoriana contra la reputación de Robespierre. Este, después de haber guillotinado a toda Francia, guillotina al verdugo. Grabado.

levantamientos. Se decretó una huelga y se aprobó la formación de una guardia revolucionaria compuesta por "sans culottes". La efectividad del Terror se aseguraba y a la Convención no le quedó otra alternativa que ceder ante tan fuertes presiones. El 29 de septiembre se aprobó la "Ley de Maximun General" que establecía un firme control de precios para los artículos de primera necesidad (99).

Se abría una nueva fase de la Revolución. Los jacobinos, al igual que los girondinos, obtuvieron el poder con la ayuda y respaldo de los "sans culottes" y éstos habían sido beneficiados con diversas medidas gubernamentales. La alianza de jacobinos y "sans culottes" duraría hasta Thermidor. En el mismo mes de junio los miembros de la Montaña aprobaron en la Convención la primera Constitución que establecía un gobierno democrático y republicano, pues, de acuerdo con sus claúsulas, todos los hombres mayores de 21 años gozarían del privilegio del sufragio. Condorcet logró que se incluyera, siguiendo el ejemplo norteamericano, y para reforzar la soberanía popular, el derecho al "referendum" (100). El documento se preparó en diez días. El prefacio de la Constitución era una nueva Declaración de Derechos inspirada en gran parte en las ideas de Robespierre (101). El principal redactor de la Carta resultó ser un antiguo aristócrata y ahora miembro del Comité de Salud Pública: Herault de Séchelles (102). Desafortunadamente tan magnífico documento constitucional no entraría en vigencia inmediata. Las peligrosas condiciones por las cuales atraviesa el país convencen a la mayoría de los miembros de la Convención, después de aprobar el Estatuto del 24 de junio, que su vigencia se debía posponer hasta el cese de las hostilidades.

Los sucesos de las próximas semanas pueden ser resumidos brevemente. Con el nombramiento de Fouquier-Tinville, como acusador público, el Tribunal Revolucionario empieza a funcionar con eficiencia y rapidez. La ejecución de María Antonieta se efectuó el 16 de octubre, el 31 morían Brissot y Bailly; Madame Roland (103), Barnave y el duque de Orleans sufrían la misma suerte en los días siguientes. El esposo de Madame Roland, Claviere, Petion y Buzot se suicidaron. Otros girondinos escaparon a las provincias, Vergniaud, el orador de oro, había exclamado en cierta ocasión: "Es de temer que la Revolución, como Saturno, acabará devorando a sus propios hijos" (104). Empezaba a cumplirse la profecía (105). Fue Barére, el representante del Comité de Salud

Pública, quien le pidió a la Convención la pena de muerte para Brissot y María Antonieta. "Hay que hacer del Terror el orden del día", exclamó apasionado (106). Y fue Hébert quien en el Tribunal atacó en forma indecente a la ex-Reina al compararla con Agripina, la madre de Nerón. La bajeza de la acusación y la forma tan digna como actuó María Antonieta le ganó la simpatía del publico (107).

Peor suerte corrían los insurrectos de las provincias, pues las ejecuciones de millares de éstos revelan el sadismo e inhumanidad de sus verdugos. Carrier, uno de los diputados enviados a las provincias, como "Representante del Pueblo" llevó a cabo las espantosas "noyades" de Nantes en las cuales miles de sospechosos, la mayoría inocentes, fueron ahogados en forma inmisericorde en el río Loira. Tallien en Burdeos, Barras en Provenza y Collot d'Herbois y Fouche en Lyons, ordenaron las terribles y sangrientas "mitraillades" Fouche actuó con tan refinada crueldad, que desde entonces se le llamó el "mitrailleurde Lyons". Lyons, acusada de ciudad traidora, resultó casi completamente destruida como castigo por su delito. Una cantidad mayor a las dos terceras partes de las víctimas del Reinado del Terror perecieron en esta forma tan incivilizada. Robespierre que ignoraba los métodos empleados, los condenó duramente al enterarse.

Los desmanes cometidos por los "diputados en misión" estaban acompañados por una ola antirreligiosa que agitó a varias regiones. La Iglesia todavía respetaba los ideales de la monarquía constitucional y los girondinos y federalistas, enemigos ahora de la Convención, se ganaron el respaldo de gran parte del clero. La actitud de la Iglesia le creó el repudio de los miembros de la Montaña y los "sans culottes" se dedicaron a profanar templos católicos, inclusive Notre-Dame de París, donde se instaló en el altar mayor a una actriz de la Comedia Francesa, que representaba a la Diosa Razón. Robespierre, como era de esperarse, condenó esta campaña de descristianización y declaró que toda persona que se empeñaba en impedir la libertad de culto era tan fanática como el que decía misa. "Los templos de los dioses", sostenía, "no fueron creados para servir de refugio que pudieran ser profanados por los sacrílegos. . . " (108).

El gobierno se dedicó entonces a combatir la subversión interna y la invasión de tropas extranjeras. El ejército fue reorganizado por Carnot y

la nueva y eficiente maquinaria militar obtuvo una serie de brillantes victorias contra enemigos internos y externos. El 14 de Frimario (4 de diciembre) de 1793, se aprobó la ley que establecía la estructura orgánica del gobierno revolucionario. En principio era un sistema democrático ya que la Convención mantenía su poder y los comités operaban bajo su aquiescencia. Pero el poder ejecutivo era el órgano esencial de gobierno y el Comité de Salud Pública y en menor grado, el de Seguridad General representaban este poder ejecutivo. Medidas coercitivas, es decir el Terror, podrían ser empleadas para destruir a los enemigos de la Revolución. Quien desobedeciese sería declarado enemigo del pueblo y estaba sujeto a ser condenado a muerte.

Después de la traición, los peores delitos eran la falsedad y corrupción. La "virtud" era la defensa de los patriotas según Robespierre. "El alma de la República es el amor a la Patria" (109). En una República de "virtud" no se puede admitir la inmoralidad privada. Los enemigos de la República son los egoístas, ambiciosos y corrompidos. La influencia de Rousseau sobre el pensamiento de Robespierre era evidente.

Robespierre era un asceta, un puritano. El "Incorruptible" no podría permitir la corrupción. Esto origina su rompimiento con Danton, Desmoulins, Fouche y tantos otros cuya conducta no se ajustaba a los estrictos cánones del diputado de Arras. Para salvar la República era necesario un gobierno fuerte; una voluntad general (Volonté Generale), era imprescindible si se quería aplastar a los enemigos. Ya en octubre de 1793 se había declarado que el gobierno provisional era revolucionario hasta que se lograse la paz. Por eso se suspendió la Constitución de 1793, pero no existe ningún testimonio documental que haga pensar, como dicen sus detractores, que Robespierre y sus seguidores siempre desearon estas medidas para establecer una dictadura personal. Marat sí había pedido una dictadura personal al estilo de Roma, pero Marat, quien no reverenciaba a Rousseau, no era Robespierre y además había muerto en julio. Robespierre como discípulo de los "Filósofos" prefería un poder legislativo fuerte, un débil ejecutivo y la separación de poderes defendida por Montesquieu.

El Comité de Salud Pública se vió atacado por Hébert desde la izquierda y por Danton, quien había regresado en noviembre a París después de pasar varias semanas con su esposa en su ciudad natal, desde la derecha. Los "hebertistas" empeñados en su campaña de descristia-

nización y enardecidos por los artículos calumniosos del "Pere Duchesne" atacaron primero al gobierno jacobino por medio de criminosas conspiraciones. Danton y Desmoulins, a pesar de ser enemigos de Hébert, críticaron al gobierno. Los conspiradores "hebertistas" fueron arrestados y guillotinados el 25 de marzo de 1794. Hébert, que había celebrado tanto las ejecuciones, murió como un cobarde. Su muerte privó a Robespierre del apoyo de muchos "sans culottes". Danton, Desmoulins y Fabre d'Eglantine fueron acusados después y guillotinados el 5 de abril. Robespierre sentía mucha simpatía por Desmoulins y tuvo que ser convencido por Saint-Just, Collot d'Herbois y Billaud-Varenne, estos dos últimos antiguos "hebertistas" antes de dar su consentimiento para la sentencia a muerte.

Por influencia de Robespierre, y luego de su importante discurso del 7 de mayo de 1794 (110), se aprobó el Culto al Ser Supremo, una religión cívica que se inspiraba en Rousseau. Desde diciembre de 1793 y también debido a la influencia de Robespierre, que condenó la campaña de descristianización porque creía en la imortalidad del alma y detestaba el ateísmo, la Convención reafirmó el principio de la libertad de culto. El 8 de junio de 1794 se llevó a cabo el famoso festival al Ser Supremo en el Campo de Marte. La elaboración del festival estuvo a cargo de David y el prestigio de Robespierre alcanzó su más alto nivel. Dos días después, el 10 de junio (22 Preiral), se aprobó la "ley Preiral" que inició lo que se llama el "Gran Terror", pues le quitaba al acusado el derecho a tener ayuda legal. Este sólo tenía que ser identificado para ser enviado al cadalso. Desde el 10 de junio hasta el 27 de julio (9 de Thermidor) 1300 personas fueron enviadas a la guillotina, tantas como en los 14 meses anteriores.

El 9 de Thermidor se decretó la caída de Robespierre, quien junto con su hermano Agustín, Couthon y Saint-Just fueron guillotinados al día siguiente. Ese mismo día se inició la leyenda negra. De acuerdo con los historiadores, muchos de los cuales ignoraron la documentación existente, pseudo historiadores, novelistas románticos y otros, la caída de Robespierre se hizo necesaria para evitar la dictadura personal del monstruo que le rendía culto a la guillotina y quien era un tirano sin entrañas. Esta imagen la propagaron primero los conspiradores de Thermidor. ¿Y quiénes son éstos? Los principales nombres eran los de Fouche, Collot d'Herbois, quien presidió la reunión de la Convención, Billaud-Varenne;

Tallien, azuzado por su amante Teresa Cabarrus (111) quien se encontraba en la cárcel; Barras y Berére.

La historia de los conspiradores no refleja a ningún amante de la libertad. Los crímenes de Fouche en Lyons han mancillado su nombre para siempre y su nombre es sinónimo de traición. Collot d'Herbois y Billaud Varenne eran extremistas que gozaban con las ejecuciones y el derramamiento de sangre. Billaud Varenne declaró desde 1789 que por más dolorosa que fuese una amputación, era necesaria cuando existía gangrena. Esta frase se hizo famosa para justificar la guillotina. La actuación de Tallien en las provincias era parecida a la de Fouche. A Barére se le llamaba el "Anacreonte de la Guillotina" lo que no necesita explicación adicional. Se decía que el 9 de Thermidor tenía dos discursos en el bolsillo, uno a favor y otro en contra de Robespierre. Barras era un corrompido aventurero. Alejandro Dumas relata en sus **Memoires** que Barras le confesó ya anciano que se arrepentía de dos cosas, haber provocado la caída de Robespierre y haber promovido la carrera de Napoleón el 13 Vendimario (112). Estos eran los "patriotas amantes de la Libertad" que enviaron al "Incorruptible" a la guillotina.

Crane Brinton nos dice que la caída de Robespierre fue el resultado de una conspiración "entre diputados jacobinos aparentemente ortodoxos. . . .", complicados seriamente en ganancias inmorales de guerra, corrupción parlamentaria, especulaciones de valores y otras actividades indignas de ciudadanos de la "República de la Virtud" (113). Jamás pensaron acabar con el Terror; el miedo al "Incorruptible" los empujó a sacrificarlo. La falta de previsión política de Robespierre también contribuyó a su ocaso. Al declarar la Convención a Robespierre fuera de la ley, éste se refugió en el Hotel de Ville y muchos "sans culottes" acudieron en su ayuda, pero en lugar de marchar a la cabeza de éstos contra la Convención se mostró indeciso y sus partidarios se dispersaron. Barras logró arrestarlo después de que un soldado de nombre Meda le disparó un tiro en la quijada. Robespierre, a diferencia de Hébert y Desmoulins, murió sin mostrar miedo.

Cuando se encargó del gobierno toda Europa se había unido contra Francia, pero sus dotes de organización y el respeto que despertaba entre sus asociados le permitieron restablecer el orden en seis meses (114). Lo que sus corrompidos enemigos no le podían perdonar era su incorrupti-

bilidad. "¿Un tirano?", nos dice Louis Blanc: "Extraño tirano, en verdad, este hombre que nunca dispuso de un tesoro o un ejército y que para su supuesta tiranía tenía que recurrir al efecto producido por su elocuencia unido a la fe que había establecido en su virtud" (115). El "tirano" cuando murió poseía 300 libras (116), su hermano Agustín escaló posiciones por sus propios méritos, lo que indica que Robespierre nunca practicó el nepotismo.

Se le critica por su falta de sinceridad al condenar la pena capital y luego votar para que se guillotinara al Rey; jurarle lealtad a Danton y Desmoulins y luego firmar su sentencia de muerte. Pero quienes lo atacan así, en forma tan irresponsable, olvidan que en cada uno de esos casos la decisión se inspiró en su devoción por principios políticos. Para su criterio, la soberanía del pueblo la victoria de la Revolución y el interés de los pobres eran de importancia fundamental. Estas consideraciones inspiraron todos sus discursos.

Es bueno hacer énfasis antes de concluir, que el Comité de Salud Pública lo formaban doce individuos de carácter e independencia de criterio; Robespierre fue elegido miembro del Comité el 27 de julio de 1793 (irónicamente, en el calendario republicano entonces en vigencia, era el 9 Thermidor); fue el octavo de los doce miembros que gobernarían desde septiembre hasta la crisis de Thermidor. Cada uno se encargaba del departamento que se ajustase a sus intereses y capacidades. Robespierre, a diferencia de los otros, no tenía un departamento fijo. El diputado de Arras era como un ministro sin cartera ya que se interesaba en todos los departamentos sin circunscribirse a ninguno en particular. Reconocido como el principal exponente de la fe jacobina, desempeñaba funciones similares a las de un relator, mientras que Saint Just se le podía comparar a un acusador.

El respeto y admiración que sentían los jacobinos por Robespierre han contribuido a que se le asigne una supremacía dentro del Comité que no poseía. Se le acusa también de aspirar a una dictadura personal, lo que estaba totalmente alejado del alcance de sus aspiraciones. No se puede negar que fue factor influyente en la aprobación de medidas asociadas con el Terror, mas para entonces tenía la firme convicción que la guillotina era el único medio de purgar de vicios el cuerpo político de la nación. Las medidas del Terror eran transitorias, ya que una vez

establecida la República de Virtud, el Terror cesaría. El Terror era necesario para lograr el triunfo de la Virtud.

Se debe señalar también que las órdenes del Comité eran firmadas por varios miembros. La responsabilidad era colectiva. Estudiando los documentos pertinentes, se puede descubrir quién redactaba la orden y quién era el primero en estampar su firma. El historiador inglés J.M. Thompson ha realizado un minucioso estudio de 920 documentos redactados en los cuatro meses que siguieron al 23 de septiembre. De este análisis se desprende que, entre otros, Carnot firmó 272, Barére 244, Robespierre 77 y Saint-Just 12. Si existía una dictadura, ésta era colectiva, de doce personas (117). Y no se debe olvidar que desde el 29 de junio, cuando recrudece el Terror, Robespierre, luego de violento altercado con Collot y Billaud, abandonó el salón de las Tullerías donde se reunía el Comité, y desde entonces dejó de participar en sus deliberaciones. La "Ley de Preiral", por la cual tanto se le ha condenado, se aprobó sólo después de atentados hechos por presuntos asesinos contra Collot y Robespierre.

Es imposible, ante la carencia de una documentación más precisa, determinar cuál era la actitud de Robespierre en relación con los decretos aprobados por los otros miembros del Comité de Salud Pública aun en aquellos casos en que él se encontraba presente. Por los decretos aprobados durante su ausencia de las deliberaciones del Comité, esto es, en el momento más crítico del Reinado del Terror, no se le puede responsabilizar, a menos que se demuestre que él influía directamente desde su casa en las discusiones, lo cual parece muy poco aceptable y no ha sido probado por nadie. Los únicos decretos con los cuales lo podemos identificar son aquellos que llevan su firma y éstos forman un número muy reducido.

Maximilien Robespierre, con los calzones que usaba la aristocracia. Sus enemigos le criticaban que no vistiese como los "sans culottes". Pintura de Boilly.

Ni los contemporáneos, ni los historiadores franceses y extranjeros de los siglos XIX y XX se ponen de acuerdo en ninguna de estas interrogantes. Pero si algo emerge del estudio de los sucesos y de las principales figuras revolucionarias es la importancia fundamental de Robespierre en todo el proceso. Marat, con su extremismo sin freno, y Danton, con la venalidad que tanto escozor causa a sus apologistas, no alcanzan el mismo nivel histórico del "Incorruptible", que odiaba matanzas injustas e innecesarias.

Resulta en extremo sorprendente, sobre todo para aquellas personas cuyas opiniones sobre la actuación de Robespierre han sido prejuiciadas por la tradicional, injusta y falsa imagen, que escritores e historiadores, sin la debida documentación o conocimiento de los hechos, han presentado del "tirano", descubrir, entre otras cosas, su actitud ante los problemas religiosos que surgieron durante el período revolucionario. Al iniciarse este período, Robespierre, al igual que la gran mayoría de los dirigentes revolucionarios, consideró muy apropiada la confiscación de los bienes del Clero para solucionar la crisis económica de la Nación (119). Fue también un gran defensor de la constitución civil del Clero (120). Consideraba que un eclesiástico debía ser un funcionario público y por lo tanto debía recibir un salario del Estado y hasta sugirió el matrimonio de los sacerdotes (121).

Pero, y este es un punto al cual nunca se le puede dar el debido énfasis, el "Incorruptible" jamás perteneció a los grupos que se distinguían por su violenta actitud anticlerical, pues para él un eclesiástico era un ciudadano con todos los deberes y derechos (122). Esta actitud tolerante y generosa lo llevó a enfrentarse a Hébert y sus dogmáticos seguidores que odiaban todas las religiones. Por todo ello no parece muy acertada la tesis de Mathiez, quien siempre desea presentar a su héroe Robespierre como un enemigo de la religión y especialmente de la Iglesia Católica, en el sentido de que mientras Robespierre condenaba las campañas dirigidas contra la idea de un Ser Supremo, no condenaba aquellas que iban contra el Catolicismo (124).

Aulard nos dice que el "Incorruptible" fue siempre un defensor de los católicos (125). Esta aseveración parece ajustarse más a la verdad que a la de Mathiez que lo consideraba el enemigo más constante y hábil del catolicismo (126). Robespierre era de opinión que la creencia

de la inmortalidad y en el Ser Supremo era necesaria para lograr la virtud política (127). Esto era de fundamental importancia ya que el hombre no podía ser republicano si no tenía moral (128) y la moralidad dependía de la religión (129). No es de extrañar que, como consecuencia de estas convicciones, se convirtiera en el principal adversario de los grupos intransigentemente anti-religiosos en el Club de los Jacobinos (130). La idea del Ser Supremo, declaró, estaba asociada con la justicia y por lo tanto era republicana (131).

Durante los tiempos de mayor crudeza del Terror, se convirtió, dentro de lo que le permitieron las circunstancias, en el máximo defensor de la tolerancia y libertad religiosa. Es por ello que un historiador ha señalado que la política religiosa de Robespierre debe ser examinada detenidamente por todos aquellos que tienen la tendencia de exagerar los aspectos totalitarios del Comité de Salud Pública (132). Nadie puede dudar de la inclinación del "Incorruptible" hacia la tolerancia religiosa y sus ingentes esfuerzos en la Convención para acabar o limitar las persecusiones religiosas. Resulta difícil sin embargo, sin la necesaria documentación que nadie ha presentado hasta ahora, aceptar la teoría de Aulard de que Robespierre, de haber sobrevivido el 9 Thermidor, hubiera vuelto al catolicismo (133). Su culto al Ser Supremo, no solo recogía sus sinceras ideas religiosas, sino que representaba, a su parecer, una alternativa al catolicismo como religión del Estado (134). Ese era el personaje histórico a quien sus envidiosos y cobardes enemigos del 9 Thermidor acusaban de tirano e intolerante.

En cuanto a estos detestables conspiradores causantes de su caída en Thermidor, con el pasar de los años semejan insignificantes pigmeos que lograron someter a un gigante al rehusar éste defenderse en el momento crítico. Uno de estos conspiradores, Barére, exclamó en su lecho de muerte, refiriéndose a Robespierre: "un verdadero y sincero republicano" (135). Esas eran las cualidades que le ganaron a Robespierre la admiración y veneración de muchos que sólo lo conocieron por su reputación y por sus discursos. ¿Con qué frecuencia produce la humanidad un estadista verdaderamente incorruptible?

BIBLIOGRAFIA

1. Citado por Pieter Geyl, **Encounters in History**, London 1967, pág. 170.

2. **Ibid.**, pág. 161. Esta frase, que refleja el orgullo y certeza que siente un patriota francés por la grandeza de su país, es muy similar a la empleada por Charles de Gaulle en el párrafo inicial del primer tomo de sus **Mémoires de Guerre I**, París 1954 - 1959.

3. Entre los más sobresalientes figuran en primer rango los excelentes estudios del gran historiador francés Albert Mathiez: **Etudes Robespierristes**, París 1918; **La Revolution Francaise**, París 1924; **La Vie Chere et le Mouvement Social sous la Terreur**, París 1926, entre otros muchos. Mathiez regentó a principios de siglo la cátedra de Historia de la Revolución Francesa en la Universidad de París. Remplazó en esta cátedra a su maestro Alphonse Aulard y llegó a discrepar de muchas de sus conclusiones en torno al proceso revolucionario que se inició en 1789. Mathiez fue remplazado en la cátedra por el no menos brillante Georges Lefebvre, quien a su muerte en 1959, estaba considerado como la primera autoridad en la Revolución Francesa. Cf. George Rudé, **Interpretations of the French Revolution**, London 1967, pág. 22.

4. Esta es, quizás, la frase más citada de todas las proferidas por revolucionarios que se distinguieron por pronunciar certeros aforismos. William Rose Benet: **The Reader's Encyclopedia**, New York 1965, pág. 249.

5. Esta es la opinión de, entre otros, J.F.E. Robinet: **Danton, Mémoires sur sa Vie Privée**, París 1884, **passim**; **Danton Homme d'Etat**, París 1889, **passim**; también de Alphonse Aulard: **Les Orateurs de la Législative et de la Convention**, 2 tomos, París 1906, **passim**; **Etudes et Lecons sur l'Histoire de la Révolution Francaise**, París 1924, **Passim.**

6. Desde un punto de vista estrictamente militar, "el milagro de Valmy" es apenas algo más que una escaramuza, si se tiene en cuenta el número de bajas que fue muy reducido; pero su valor radica en el hecho de que el revés debilitó la alianza austroprusiana e hizo fracasar esta primera tentativa de invasión de Francia.

7. R.J. White: **Europe in the Eighteenth Century**, London 1965, pág. 65. (La traducción es nuestra).

8. Norman Hampson: **The First European Revolution** 1776 - 1813, London 1969, pág. 78. (La traducción es nuestra).

9. Stanley Loomis: **Paris in the Terror June 1793 - July 1794**, New York 1964, pág. 301. El libro de Loomis, cuya lectura resulta amena e interesante, no deja de ser una evocación romántica para exaltar las figuras de Danton y Carlota Corday y denigrar a Robespierre, a quien compara con Marat por su crueldad.

10. **Ibid.**, pág. 309.

11. Ver el magnífico estudio de Robinet, **op. cit., Proces des Dantonistes,** París 1879, **passim** y Robert R. Palmer: **Twelve Who Ruled,** Princeton 1941, pág. 303.

12. Loomis, **op. cit.,** pág. 319.

13. J.M. Thompson, **The French Revolution,** Oxford 1966, pág. 518.

14. W.J. Fichman, "Jean-Paul Marat" en **History Today,** London, May 1971, pág. 332.

15. Jules Mazé, "Le Grand Amour de Marat et de Simone Evrard", **Historia,** París, febrero 1970, pág. 51.

16. H.W. Janson, **History of Art,** New York 1966, págs. 472-473.

17 John Canaday, "David, the Napoleon of French Painting", **Horizon,** New York, Summer 1967, pág. 58.

18. El nuevo y valiosísimo **Dictionnaire d'Histoire Universelle,** París 1968, Ed. M. Mourre le dedica 52 líneas a Danton; 62 a Marat; 190 a Robespierre y 86 a Saint-Just.

19. **The French Revolution,** New York, (The Modern Library, sin fecha de publicación) pág. 422. (La traducción es nuestra).

20. **Lectures on the French Revolution.** London 1910, pág. 300. (La traducción es nuestra).

21. **The History of the French Revolution,** London (sin fecha de publicación), págs. 445 y 472-73. Citado por George Rudé, **Robespierre,** Englwood Cliffs, 1967, págs. 132-133.

22. La última vez que estuvimos en París fue en 1970 y, a menos que nos hayamos equivocado, por ningún lado vimos estatuas, o el nombre de Robespierre para una calle de una ciudad que siente,orgullo en darle el nombre de sus grandes hombres a las arterias públicas.

23. En 1957, cuando por primera vez se habló en la Asamblea del asunto, diputados como Pinay y Bidault protestaron. El diario comunista "L'Humanité" atacó duramente a los diputados socialistas por hacer una apología de los defectos de Robespierre. Como si el "Incorruptible" necesitase que se le justificara. "Esos lacayos de la burguesía", acusó lleno de ira el órgano comunista, "solo trataban de adornar su miserable causa con el nombre de un hombre del cual estarían mortalmente temerosos de no encontrarse ya él en la tumba". Cf. Geyl, **op. cit., Encounters in History,** pág. 185 (La traducción es nuestra).

24. G. Rudé, **op. cit., "Robespierre", History Today,** London, April 1958, pág. 222.

25. **Op. cit.,** pág. 113. La tesis de Loomis, en el sentido que Robespierre se encontraba para esos años lleno de resentimiento y rencor, no parece tener un respaldo documental. Cf., **Op. cit.,** pág. 271.

26. Lefebvre, **op. cit.,** considera que Robespierre pertenecía al grupo de diputados del Tercer Estado, que se distinguían por su madurez, posición econó-

mica sin estrecheses, educación, diligencia y honestidad. Cf., **The French Revolution**, tomo I, London 1965, pág. 106. (La traducción es nuestra).

27. Rudé, **op. cit.**, "Robespierre", **History Today**, **op. cit.**, pág. 223.

28. Ya para entonces, debido a que los representantes de los grupos liberales y radicales, es decir los grupos de ideas avanzadas, se sentaban a la izquierda de quien presidía la reunión de la Asamblea Constituyente los realistas conservadores y reaccionarios a la derecha, y los moderados al centro, esas posiciones políticas se identificaban con los nombres de izquierdistas, derechistas y centristas. Los más radicales entre los izquierdistas, ocupaban las bancas altas y por eso se les conocía como la "Montaña", mientras que los centristas, por ocupar las bajas, se les llamaba la "Llanura"

29. Thompson, **op. cit.**, pág. 23.

30. Lefebvre, **op. cit.**, **The French Revolution**, Tomo I, considera que la decisión de retener la ley de primogenitura, prerrogativas honoríficas y el pago de una indemnización por los títulos señoriales, impiden hacer una declaración tan tajante, pág. 130.

31. Lefebvre, **Ibid.**, págs. 145-152 y **Dictionnaire d'Histoire Universelle**, **op. cit.**, pág. 541.

32. Hampson, **op. cit.**, pág. 88.

33. Ver sus **Reflexiones sobre la Revolución Francesa**, Madrid 1954, **passim.**

34. Lefebvre, **op. cit.**, **The French Revolution**, Tomo I, pág. 129.

35. Rudé, **op. cit.**, Robespierre", **History Today**, pág. 223.

36. R. Palmer, **op. cit.**, **The World of the French Revolution**, New York 1971, pág. 69.

37. Se llamaban así porque sus reuniones se efectuaban en un edificio que antiguamente pertenecía a los monjes dominicos, mejor conocidos como jacobinos, en la Rue Saint-Honoré. Oficialmente su nombre hasta 1792 era "Amigos de la Constitución" y de 1792 a 1794, "Amigos de la Libertad y de la Igualdad". Cf. Palmer, **Ibid.**, pág. 73.

38. Lefebvre, **op. cit.**, **The French Revolution**, Tomo I, pág. 131.

39. Lefebvre, **op. cit.**, **The coming of the French Revolution**, Princeton, 1947, pág. 200.

40. **Les Nuits de París**, págs. 258-270.

41. Pierre Gaxotte **Histoire des Francais**, París 1951, pág. 552. (La traducción es nuestra).

42. Lefebvre, **op. cit.**, **The coming of the French Revolution**, Tomo I, págs. 203-205.

43. Marcel Reinhard, **Histoire des France**, París 1954, pág. 96.

44. Rudé, **op. cit. Revolutionary Europe**, London 1969, pág. 108.

45. **Oeuvres de Maximilien Robespierre**, París 1950, tomo VII, págs. 161-166 y 170 - 180. El discurso fue publicado en "Le Moniteur", periódico revolucionario y leído en el Club Cordelier el 20 de abril de 1791. El Club de los Cordeliers era el más "plebeyo", y, en términos generales, el más radical de los principales clubes revolucionarios de París. Muchos jacobinos eran también miembros de los Cordeliers. Prominentes líderes de los Cordeliers fueron: Marat, Danton, Hébert y Ronsin. Cf., Rudé, **op. cit., Revolutionary Europe**, pág. 332 y R. Palmer, **op. cit., Twelve Who Ruled**, pág. 36.

46. H. Morse Stephens, **The Principal Speeches of the Statesmen and Orators of the French Revolution 1789-1795**, Oxford 1892, tomo II, págs. 299-304. Este discurso ha sido utilizado por los detractores de Robespierre, ya que al compararlo con el de diciembre de 1792, cuando pide la pena de muerte para Luis XVI, pareciera como si el orador fuera culpable de inconsistencia en sus ideas. Es conveniente señalar, sin embargo, que el argumento de Robespierre es esencialmente político. En el primer caso, sostiene, el Estado se fortalecería si mostrara clemencia; en el segundo, la nueva República sería permanentemente perjudicada si adoptara la misma actitud ante un crimen de la magnitud del cometido por Luis XVI contra ella. Esta tesis, con la cual estamos totalmente de acuerdo es de Rudé, **op. cit. Robespierre**, pág. 23.

47. Reinhard, **op. cit.**, pág. 99.

48. Lefebvre, **op. cit., The French Revolution**, tomo I, pág. 206.

49. El conde de Saint-Priest en sus **Mémoires**, París 1929, explica que Lafayette dejó sin guardias una de las entradas de las Tullerías, para que Fersen el diplomático sueco, persona clave en esta empresa, pudiera entrar a los salones de la reina María Antonieta. Tomo II, págs. 91-93. También Cf., Lefebvre, **Ibid**, pág. 207.

50. Lefebvre, **Ibid.**, pág. 206.

51. Thompson, **op. cit.**, pág. 206.

52. **Dictionnaire d'Histoire Universelle**, págs. 836-837.

53. **Ibid.**, págs. 295 - 296.

54. Rudé, **op. cit. Revolutionary Europe**, pág. 126.

55. Palmer, **op. cit., Twelve Who Ruled**, pág. 9.

56. Mourre, **op. cit., Dictionnaire d'Histoire Universelle**, pág. 1899. (La traducción es nuestra). En 1790, Robespierre todavía era de opinión que la monarquía se debía mantener, por lo tanto Saint-Just se adelantaba al pensamiento de Robespierre.

57. **Supra**, pág. 14.

58. Mourre, **op. cit., Dictionnaire d'Histoire Universelle**, pág. 1185.

59. Las comunas eran unidades municipales en las ciudades y en el campo. Existían alrededor de cuarenta mil. Se consideraban, junto con los 83 departamentos en los cuales había sido dividida Francia, "autoridades constitucionales", por haber sido creadas por la constitución de 1791. La Comuna de

París era, por supuesto, la de mayor importancia pero no sería sino con las insurrecciones de agosto de 1792 que adquiriría su decisiva influencia revolucionaria y contribuiría a derrocar al monarca, a abolir la Constitución y forzar las elecciones para escoger a los miembros de la Convención Nacional. Cf. Palmer, **op. cit., Twelve Who Ruled**, pág. 26.

60. Rudé, **op. cit., Revolutionary Europe**, pág. 128.

61. Narbonne era el amante de Madame de Stael, la hija del ex-Ministro de Hacienda Necker. Ello puede explicar la aversión que esta famosísima intelectual siempre sintió por Robespierre. En un escrito de 1818, la influyente señora lo llama "hipócrita", una acusación adoptada por muchos historiadores incautos. Cf., Madame de Stael, **From Considerations of the Principal Events of the French Revolution**, London 1818, tomo II, págs. 139-144.

62. **Oeuvres de Maximilien Robespierre, op. cit.**, tomo VIII, París 1953, págs. 47-52 y 58-64.

63. Rudé, **op. cit., Revolutionary Europe**, pág. 129.

64. **Ibid, Robespierre**, pág. 32.

65. Gaxotte, **op. cit.**, pág. 559. (La traducción es nuestra).

66. Reinhard, **op. cit.**, pág. 105.

67. Leopoldo II intentó por todos los medios de conseguir el respaldo de todas las cabezas coronadas de Europa, pero solo Prusia respondió al llamado. **Ibid.**, pág. 107.

68. Emigrados o "émigrés", los nobles aristócratas y todos aquellos que abandonaron a Francia desde Julio de 1789 por ser de opinión que su seguridad personal estaba en peligro. Los miembros de la Asamblea Legislativa conocían su labor de desprestigio contra la Revolución, en las cortes extranjeras donde se habían refugiado. El 9 de noviembre, la mayoría de la Asamblea los declaró "sospechosos de conjurar contra la patria" y el 1o. de enero de 1792 los condenó a muerte "in absentia". Cf., Reinhard, **Ibid.**, pág. 107. El Rey rehusó sancionar el decreto, pero a pesar de ello, el 9 de febrero se aprobó una ley que confiscaba sus bienes.

69. La mayoría que aprobo el conflicto fue abrumadora, solo siete diputados votaron en contra. Gaxotte, **op. cit.**, pág. 559.

70. Lejos estaban los diputados de la Asamblea Legislativa de sospechar que la guerra iniciada bajo un ambiente tan festivo iba a continuar, salvo brevísimas interrupciones, hasta 1815. El conflicto que empezó en abril de 1792 terminaría en Waterloo en junio de 1815.

71. La nacionalización de los bienes del clero en noviembre de 1789 y la Constitución Civil del Clero de julio de 1790, que dividió a los sacerdotes franceses entre "jurados", que aceptaban dicha ley, y "no jurados" que la rechazaban, enfureció al gobierno eclesiástico en Roma. La bula promulgada en abril de 1791, llevaba el nombre de **Charitas**. Cf., George L. Mosse y otros (Editores) **Europe in Review**, Chicago 1957, págs. 164-167.

72. **Ibid.** pág. 164.

73. A propuesta de Talleyrand, un obispo de Autun, los bienes del clero habían sido confiscados en noviembre de 1789. Estos bienes estaban evaluados en 3,000 millones de libras francesas. Como tales bienes no se podían convertir a dinero metálico tan fácilmente, el gobierno hizo un emisión de asignados, billetes fiduciarios que producían un interés de 5% a cuenta de lo que se obtendría de la venta de los bienes del clero. El **Dictionnaire d'Histoire Universelle, op. cit.,** pág. 150, ofrece una excelente explicación de los problemas financieros producidos por los asignados.

74. Rudé, **op. cit., Revolutionary Europe,** pág. 129.

75. La complicidad de María Antonieta con los enemigos de Francia no admite la menor duda. En cartas secretas a su hermano, el Emperado Leopoldo, denunciaba la Constitución y la Asamblea y pedía la intervención armada de los austriacos. "No tenemos recursos" dice en una carta "y los poderes extranjeros tienen que venir en nuestra ayuda a toda costa". Cf. Alfred Cobban, a **History of the French Revolution,** London 1957, Tomo I, pág. 184.

76. Este comité extraoficial estaba formado por amigos y simpatizadores del gobierno austriaco.

77. Rudé, **op. cit, Revolutionary Europe,** pág. 129.

78. Reinhard, **op. cit,** pág. 111. (La traducción es nuestra).

79. Rudé, **op. cit., Revolutionary Europe,** pág. 130.

80. Wallace E. Adams y otros (Editores) **The Western World,** New York 1968, págs. 82-85. El manifiesto no ha podido ser proclamado en peor época, pues convenció al pueblo de París, que sospechaba de las actividades subversivas del soberano, de la culpabilidad de éste.

81. P. Caron, **Les Massacres de Septembre,** París, citado por Rudé, **op. cit., Revolutionary Europe,** pág. 131.

82. Hay innumerables relatos, hechos por testigos presenciales de los horrores cometidos en los primeros días de septiembre de 1792. Entre los más vividos, desgarradores e interesantes, tenemos los de Restif de la Bretonne en sus **Les Nuits de París, op. cit.,** págs. 297-310; cf. Reay Tannhill, **París in the Revolution,** London 1966, págs. 62-73.

83. Mourre, **op. cit, Dictionnaire d'Histoire Universelle,** pág. 1970.

84. Loomis, **op. cit.,** pág. 225.

85. Lefebvre, **op. cit., The French Revolution,** Tomo I, pág. 266.

86. H. Morse Stephens, **op. cit.,** tomo II, págs, 358-366. (La traducción es nuestra).

87. Lefebvre, **op. cit, The French Revolution,** Tomo I, pág. 270.

88. Hoy con el nombre de Plaza de la **Concordia** constituye, probablemente, la plaza más bella de París.

89. Para la historia de la guillotina, cf. André Castelot, "El Filántropo Doctor Guillotin", **Historia y Vida**, abril 1971, págs. 50-59.

90. Rudé, **op. cit. Revolutionary Europe**, pág. 135.

91. Refiriéndose a Danton, Madame Roland había dicho ". . . No puedo asociar la idea de un buen hombre con esa cara". Cobban, **op. cit.**, pág. 204. También lo acusaban de ladrón por saquear los apartamientos reales.

92. Napoleón lo llamó el único gobierno serio de Francia en la década que se inició en 1789. Cf. Palmer, **op. cit., The Age of the Democratic Revolution**, Princeton, 1964, pág. 104.

93. **Ibid**, pág. 104.

94. Cobban, **op. cit.**, pág. 210. Toda la maquinaria del Terror fue creada por una Convención, donde los girondinos ejercían una gran influencia.

95. Palmer, **op. cit, Twelve Who Ruled**. pág. 25.

96. Otros sostienen que fue el 5 de septiembre con los levantamientos de los "hebertistas", como se le llamaban a los seguidores de Hébert, que pedían "guerra a los tiranos, especuladores y aristócratas". Cf., Palmer **ibid**, págs. 44-45.

97. Tannhill, **op. cit.**, págs. 78-79.

98. Hemos utilizado el término en varias ocasiones sin explicarlo pensando que nuestros lectores conocen su significado pero quizás valga una breve explicación. Un "culotte" era un calzón en forma de braga que llegaba a la rodilla. Era indumentaria de la aristocracia y alta burguesía. "Sans-culottes" literalmente significaba sin calzones, es decir las clases pobres que usaban pantalones largos en lugar de calzones. Por asociación el nombre se aplicaba a los revolucionarios más militantes entre 1792-1795, sin tomar en cuenta su posición social.

99. Rudé, **op. cit. Revolutionary Europe**, pág. 139.

100. Lefebvre, **op. cit. The French Revolution**, tomo II, pág. 55. La propuesta de Condorcet en este sentido fue casi la única concesión hecha a los girondinos, ya que la Constitución es obra exclusiva de los jacobinos.

101. J. Hall Stewart, **A Documentary Survey of the French Revolution**, New York 1951, págs. 430-434.

102. Thompson, **op. cit.**, pág. 393.

103. Aún cuando hay dudas al respecto, se dice que Madame Roland pronunció en el cadalso su histórica frase "Libertad, libertad, cuantos crímenes se cometen en tu nombre". Citada por Macaulay, en su **Ensayo sobre Mirabeau. Cf., Bartlett's Familiar Quotations**, New York 1948, pág. 317.

104. Loomis, **op. cit**, pág. 190. (La traducción es nuestra).

105. El propio Vergniaud fue guillotinado el 31 de octubre de 1793, acusado de complicidad con los girondinos. (La traducción es nuestra).

106. Palmer, **op. cit, Twelve Who Ruled,** pág. 53.

107. Thompson, **op. cit.** pág. 473.

108. **Rapport sur les principes du Gouvernement Révolutionnaire fait au nom du Comité de Salut Public par Maximilien Robespierre,** París, Diciembre de 1793. (La traducción es nuestra).

109. Lefebvre, **The French Revolution,** Tomo II, pág. 91.

110. A. Mathiez, **The Fall of Robespierre and Other Essays,** London 1927, págs. 96-105.

111. Cf. Edmon Vallés, "Teresa Cabarrus, Primera Dama de Thermidor y del Directorio", **Historia y Vida,** págs. 54-69.

112. Rudé, **op. cit., Robespierre,** pág. 84.

113. **Anatomía de la Revolution,** Méjico 1942, pág. 238.

114. André Maurois, **An Illustrated History of France,** New York 1957, pág. 116.

115. Citado por Geyl, **op. cit., Encounters in History,** págs. 141-142.

116. Una libra francesa equivalía en 1794 a un dólar en moneda moderna.

117. Thompson, **op. cit.** págs. 419-431 y Palmer **op. cit Twelve Who Ruled,** pág. 109.

118. Alfred Cobban: **Aspects of the French Revolution,** London 1971, pág 298.

119. **Journal des Etats Géneraux VII,** 441. **Constituante** 18 Janvier 1790, París.

120. Cobban, **op. cit.,** pág. 176.

121. **Ibid.**

122. Tal actitud le ganaba, temporalmente, la simpatía de los derechos y la hostilidad de los grupos más radicales.

123. Cobban, **op. cit.,** pág. 178.

124. Mathiez, **op. cit., La Revolution et l'eglise,** París 1910, pág. 124.

125. Aulard. **op. cit: Le culte de la raison et le culte de l'etre supreme,** (1793-1794). París 1909, pág. 240.

126. Mathiez, **op. cit., Girondins et Montegnards,** París 1930, pág. 235.

127. Cobban, **op. cit.,** pág. 177

128. R. Levasseur, **Memoires,** París 1930-32, Vol II, pág. 193.

129. **Lettres a ses commettans,** (6 de Diciembre 1792), pág. 340.

130. Mathiez, **op. cit Les Origines des cultes revolutionaires,** (1782-1792), París 1904, pág. 107.

131. **Discours et rapports,** (convención 7 de,Mayo de 1794), París 1794, pág. 361.

132. Cobban, **op. cit.,** pág. 179.

133. Aulard, **op. cit; Les orateurs de la Révolution:** la Legislative et la Convention pág. 361.

132. Cobban, op. cit., pág. 179.

133. Aulard, **op. cit; Les orateurs de la Révolution: la Legislative et la Convention,** París 1906-7, Vol II, pág. 372.

134. Cobban, **op. cit.** pág. 180.

135. Citado por Rudé, **op. cit.,** Robespierre, pág. 166.